

ITALO CALVINO

Palomar

 Siruela

Palomar

Italo Calvino

Traducción del italiano de
Aurora Bernárdez

 **Siruela**
Biblioteca Calvino

Cubierta

Portadilla

Nota preliminar

Palomar

1. Las vacaciones de Palomar

1.1. Palomar en la playa

1.1.1. Lectura de una ola

1.1.2. El seno desnudo

1.1.3. La espada del sol

1.2. Palomar en el jardín

1.2.1. Los amores de las tortugas

1.2.2. El silbido del mirlo

1.2.3. El césped infinito

1.3 Palomar mira el cielo

1.3.1. Luna de la tarde

1.3.2. El ojo y los planetas

1.3.3. La contemplación de las estrellas

2.Palomar en la ciudad

2.1. Palomar en la terraza

2.1.1. Desde la terraza

2.1.2. La panza de la salamanquesa

2.1.3. La invasión de los estorninos

2.2. Palomar hace la compra

2.2.1. Un kilo y medio de grasa de ganso

2.2.2. El museo de los quesos

2.2.3. El mármol y la sangre

2.3. Palomar en el zoo

2.3.1. La carrera de las jirafas

2.3.2. El gorila albino

2.3.3. El orden de los escamados

3.Los silencios de Palomar

3.1. Los viajes de Palomar

3.1.1. El arriate de arena

3.1.2. Serpientes y calaveras

3.1.3. La pantufla desaparejada

3.2. Palomar en sociedad

3.2.1. Del morderse la lengua

3.2.2. Del tomarla con los jóvenes

3.2.3. El modelo de los modelos

3.3. Las meditaciones de Palomar

3.3.1. El mundo mira al mundo

3.3.2. El universo como espejo

3.3.3. Cómo aprender a estar muerto

Créditos

Nota preliminar

La primera edición de Palomar apareció en el sello Einaudi en noviembre de 1983. El texto que aquí presentamos – inédito durante años hasta su inclusión en el volumen Romanzi e racconti (Mondadori, Milán 1992)– fue redactado por Calvino en el mes de mayo de 1983 para la New York Times Book Review, que había pedido a escritores de todo el mundo un comentario sobre un libro que entonces tuviesen entre manos. Sin embargo, en el número del 12 de junio de 1983 de la revista norteamericana sólo se recogen unas cuantas líneas dedicadas a Palomar.

La idea inicial fue la de construir dos personajes: el señor Palomar y el señor Mohole. El nombre del primero lo tomo de Mount Palomar, el famoso observatorio astronómico de California. El nombre del segundo es el de un proyecto de perforación de la corteza terrestre que, de llevarse a cabo, llegaría hasta profundidades todavía desconocidas de las entrañas de la tierra. Los dos personajes debían seguir direcciones opuestas: Palomar hacia arriba, hacia el exterior, hacia los multiformes aspectos del universo; Mohole hacia abajo, hacia lo oscuro, hacia los abismos interiores. Me proponía escribir diálogos basados en el contraste entre los dos personajes, aquél como observador de las pequeñeces de la vida cotidiana desde una perspectiva cósmica, éste sin más afán que el de descubrir lo que yace debajo para sólo contar verdades molestas.

Intenté escribir un diálogo sobre el secuestro de personas: corrían los años en que en nuestro país esa peste empezaba a ser la más rentable de las industrias. El señor Mohole afirmaba que los únicos que se podían sentir seguros eran los sujetos a los que nadie quería y por los que nadie pagaría jamás un rescate; por consiguiente, la malevolencia recíproca era el único fundamento posible de la sociedad, mientras que el afecto y la compasión se convertían en el sostén del crimen, cuyo acicate lo encontraba precisamente en dichos sentimientos. Así las cosas, releí lo que había escrito, hice una bola con la hoja y la tiré a la papelera, como hago cada vez que sospecho que estoy escribiendo algo sobre lo que tarde o temprano me podría arrepentir. Ahora bien, ¿cómo iba a redactar los diálogos de Mohole si me embargaban escrúpulos de esa clase? Preferí arrinconar el proyecto para dejarlo madurar.

Empecé a escribir fragmentos dedicados sólo al señor Palomar, personaje que persigue la armonía en medio de un mundo todo él estruendo y miserias. Los publicaba en el *Corriere della Sera*, periódico para el que entonces colaboraba, convencido de que en algún momento introduciría al señor Mohole –pero sólo una vez que hubiese delineado bien el personaje de Palomar–, como ese contrapunto que antes o después debía imponerse por necesidad. Pero nada cambió. Seguía con Palomar, es decir, con un tipo de experiencias y de reflexiones que llegaban a mí de forma natural y que atribuía a aquel personaje, mientras que el señor Mohole se quedaba en el limbo de las intenciones. Dicho de otro modo, los pensamientos y razonamientos «en claroscuro de Mohole» que de vez en cuando se me ocurrían no llegaban nunca a trasponer el umbral que conduce a la necesidad de darles una forma escrita.

En los distintos proyectos de libro que de cuando en cuando esbozaba como continuación de la serie Palomar, siempre tenía prevista una sección de «Diálogos con el señor Mohole», para la que

sólo contaba con el título. Arrastré el proyecto durante años, sin abandonar la idea de que culminación del libro sería la aparición de aquel personaje antitético, sobre el cual todavía no había escrito una sola línea.

Únicamente al final comprendí que Mohole no era en absoluto necesario porque Palomar es *también* Mohole: el lado oscuro y desencantado que aquel personaje, bien dispuesto por regla general, anidaba en su interior no tenía la menor necesidad de exteriorizarse en otro. Me cuenta entonces de que el libro estaba hecho: en efecto, en *Palomar* [...] no quedan trazas de que he contado hasta aquí.

Se me podrá preguntar por qué en lugar de referirme al libro que he escrito, hablo del que no he escrito si encima entre ambos no hay nada en común. Es probable, con todo, que uno no puede referirse a su propio libro (que no debería requerir explicaciones del autor) sino «en negativo», decir, hablando de los proyectos de libros que han sido descartados para llegar a éste.

Palomar aparece ahora como un libro de poco grosor, pero en el curso de su elaboración he sentido varias veces la tentación de convertirse en enciclopedia, en «discurso del método», en novela. Sin embargo, en vez de extenderse, lo que ha hecho es reducirse y condensarse progresivamente. De entrada, disponía de los artículos que, bajo el epígrafe «El observatorio del señor Palomar», había escrito de forma esporádica para el *Corriere della Sera* entre 1975 y 1977 pero sólo algunos de ellos valían para el libro, a saber, los basados en la atención a terrenos de observación limitados –una jirafa en el zoológico, el embate de una ola, el escaparate de una tienda– que se convierten en narración a través de una obsesión de plenitud descriptiva.

Ésta y no otra es la «experiencia Palomar», presente también en otros artículos que originalmente publiqué en primera persona en el diario *La Repubblica* en los años siguientes cada vez que se me presentaba la ocasión de describir, por ejemplo, las bandadas de aves migratorias que se veían en Roma en el mes de noviembre o los planetas contemplados a través de la lente de un telescopio. Desde hace mucho tiempo tengo el empeño de revalorizar un ejercicio literario caído en desuso y que se juzga inútil: la descripción. Cuando tengo ganas de escribir sobre algo que he visto, procuro plasmar mis impresiones desde «la realidad», impresiones que en la mayoría de las veces quedan olvidadas en agendas y cuadernos de notas.

Para la composición de *Palomar* emprendí la búsqueda de mis notas; así encontré, por ejemplo, una descripción de tortugas en el acto de copular, que ha pasado al libro sin cambios. Esta descripción es casi idéntica a la que figura en un poema de Giuseppe Conte, joven poeta paisano mío; al releerlo en el hermoso volumen *L'oceano e il ragazzo* (editado por Rizzoli), no doy cuenta de que puedo pasar por un plagiario, dado que su poema se publicó antes. Sin embargo, para mí se trata de una prueba de la objetividad de la descripción, cuya fuerza impone a las distintas expresiones literarias.

Había además puesto a punto muchas páginas de experiencias de viaje sobre civilizaciones antiguas y lejanas: las he descartado todas porque el libro de impresiones de viaje del escritor italiano es un género del que todos nos sentimos saturados. Además, los mínimos datos culturales que irremediablemente hay que ofrecer sobre todo cuanto se describe en textos de este tipo, desentonaba en un libro como éste, planteado sobre la base de una relación directa con lo que uno ve.

Sea como fuera, el problema de hacer frente a campos del saber que no domino sino en medida limitada era el más arduo de todos, pues Palomar no debía exhibir nunca aptitudes que no posea ni ineptitudes que por sí mismas carecen siempre de interés. En la sección que constituye el meollo del libro, «Palomar hace la compra», podrá comprobarse si he sabido resolverlo; en es

parte, sobre las tiendas de alimentación de París, se aborda uno de los temas que más me atraen que definiría como «las bases materiales de la existencia».

Porque, desde que acometí la tarea de recopilar estos textos, se me ocurrió definir determinados temas que veía aflorar repetidamente, por ejemplo, «orden y desorden en la naturaleza», «necesidad, posibilidad, infinito», «silencio y palabra». Este último era el más importante en la medida en que los rasgos de Palomar son, por un lado, su carácter taciturno, de otro, su pretensión de efectuar una «lectura del mundo» en sus aspectos no lingüísticos. Una vez en cuando trazaba series de recuadros: cada recuadro correspondía a dos temas cruzados; y en cada uno de ellos debía poner el título de un texto ya escrito o pendiente de escribir. Pero el plan que se fundaba en conceptos teóricos, no era factible, ya que el libro sólo aceptaba la inclusión de textos derivados de alguna situación que me hubiese tocado conocer sin necesidad de ir a buscarla.

La gestación de este pequeño libro ha sido larga no sólo por lo dicho hasta ahora, sino porque además no dejaba de abrigar la esperanza de que el modo de observación del señor Palomar extendiese al género humano, a sí mismo, para llegar por fin a alguna conclusión general. Conforme avanzaba, esa tarea me fue pareciendo cada vez más complicada. Los silencios del señor Palomar, que al principio del libro se traducen en un denso fluir de frases, se van haciendo más reflexivos y ansiosos al acercarse al final. Al releer el conjunto, reparo en que la historia de Palomar puede resumirse en dos frases: «Un hombre se pone en marcha para alcanzar, paso a paso, la sabiduría. Todavía no la ha alcanzado».

Italo Calvino

Las cifras 1, 2, 3, que numeran los títulos del índice, estén en primera, segunda o tercera posición, no tienen sólo un valor ordinal, sino que corresponden a tres áreas temáticas, a tres tipos de experiencia y de interrogación que, en diversas proporciones, están presentes en cada parte del libro.

El 1 corresponde generalmente a una experiencia visual, que tiene casi siempre por objeto formas de la naturaleza: el texto tiende a configurarse como una descripción.

En el 2 están presentes elementos antropológicos, culturales en sentido lato, y la experiencia implica, además de los datos visuales, también el lenguaje, los significados, los símbolos. El texto tiende a desarrollarse en relato.

El 3 refiere experiencias de tipo más especulativo, relativas al cosmos, al tiempo, al infinito, las relaciones entre el yo y el mundo, a las dimensiones de la mente. Del ámbito de la descripción y del relato se pasa al de la meditación.

Palomar

Las vacaciones de Palomar

Palomar en la playa

Lectura de una ola

El mar está apenas encrespado, olas pequeñas baten la orilla arenosa. El señor Palomar de p en la orilla mira una ola. No está absorto en la contemplación de las olas. No está absorto porque sabe lo que hace: quiere mirar una ola y la mira. No está contemplando, porque la contemplación necesita un temperamento adecuado, un estado de ánimo adecuado y un concurso de circunstancias exteriores adecuado; y aunque el señor Palomar no tiene nada en principio contra la contemplación, ninguna de las tres condiciones se le da. En fin, no son «las olas» lo que pretende mirar, sino una ola singular, nada más; como quiere evitar las sensaciones vagas, asigna para cada uno de sus actos un objeto limitado y preciso.

El señor Palomar ve asomar una ola a lo lejos, la ve crecer, acercarse, cambiar de forma y color, envolverse en sí misma, romper, desvanecerse, refluir. Llegado a ese punto podría convencerse de que ha llevado a término la operación que se había propuesto e irse. Pero aisla una ola separándola de la ola que inmediatamente la sigue, y como si la empujara y por momentos la alcanzara y la arrollara, es muy difícil, así como separarla de la ola que la precede que parece llevársela a la rastra hacia la orilla, cuando no volverse en contra como para detenerla. Y si se considera cada oleada en el sentido de la anchura, paralelamente a la costa, es difícil establecer hasta dónde se extiende ininterrumpido el frente que avanza y dónde se separa y segmenta en olas que existen por sí mismas, distintas en velocidad, forma, fuerza, dirección.

En una palabra, no se puede observar una ola sin tener en cuenta los aspectos complejos que concurren a formarla y los otros igualmente complejos que provoca. Estos aspectos varían continuamente, razón por la cual una ola es siempre diferente de otra ola; pero también es cierto que cada ola es igual a otra ola, aunque no sea inmediatamente contigua o sucesiva; en una palabra, hay formas y secuencias que se repiten, aunque estén distribuidas irregularmente en el espacio y en el tiempo. Como lo que el señor Palomar pretende hacer en este momento simplemente *ver* una ola, es decir, captar simultáneamente todos sus componentes sin descuidar ninguno, su mirada se detendrá en el movimiento del agua que bate la orilla hasta ser capaz de registrar aspectos que no había captado antes; apenas comprueba que las imágenes se repiten sabrá que ha visto todo lo que quería ver y podrá abandonar.

Hombre nervioso que vive en un mundo frenético y congestionado, el señor Palomar tiende a reducir sus propias relaciones con el mundo exterior y para defenderse de la neurastenia general trata en lo posible de controlar sus sensaciones.

La cresta de la ola que avanza se alza en un punto más que en los otros y desde allí empieza a festonearse de blanco. Si eso ocurre a cierta distancia de la orilla, la espuma tiene tiempo de envolverse en sí misma y desaparecer de nuevo como tragada y en ese mismo momento volver a invadirlo todo despuntando ahora desde abajo, como una alfombra blanca que remonta la orilla para acoger a la ola que llega. Pero, cuando uno espera que la ola ruede sobre la alfombra, se cuenta de que la ola ya no está, que sólo está la alfombra y también ésta desaparece rápidamente se convierte en un centelleo de arena mojada que se retira veloz, como si lo rechazara.

expansión de la arena seca y opaca que adelanta su frontera ondulada.

Al mismo tiempo hay que considerar las entrantes del frente, donde la ola se divide en dos flancos, uno que tiende hacia la orilla de derecha a izquierda y el otro de izquierda a derecha, y el punto de partida o de llegada de su diverger o converger es esa punta en negativo que sigue el avance de los flancos pero contenida desde atrás y sujeta a su superponerse alternado, hasta que alcanza otra oleada más fuerte, pero también con el mismo problema de divergencia y convergencia, y después otra más fuerte aún que resuelve el nudo rompiéndolo.

Tomando como modelo el dibujo de las olas, la playa adelanta en el agua puntas apenas esbozadas que se prolongan en bancos de arena sumergidos, como los que forman y deshacen las corrientes en la marea. El señor Palomar ha elegido una de esas bajas lenguas de arena como punto de observación, porque las olas baten allí oblicuamente de un lado y del otro, y salvando una superficie semisumergida se encuentran con las que llegan del otro lado. Por lo tanto para entender cómo es una ola hay que tener en cuenta esos empujes en direcciones opuestas que en cierto modo se contrapesan y en cierto modo se suman y producen una ruptura general de todos los empujes y contraempujes en la habitual inundación de espuma.

El señor Palomar trata ahora de limitar su campo de observación; si se fija en un cuadrado digamos, de diez metros de orilla por diez metros de mar, puede completar un inventario de todos los movimientos de olas que se repiten con diversa frecuencia dentro de un determinado lapso de tiempo. La dificultad está en fijar los límites de ese cuadrado, porque si, por ejemplo, considera como lado más alejado de su persona la línea en realce de una ola que avanza, esta línea al acercársele y alzarse esconde a sus ojos todo lo que queda atrás, y entonces el espacio que está examinando se vuelca y al mismo tiempo se aplasta.

Sin embargo, el señor Palomar no se desanima y a cada momento cree que ha conseguido ver todo lo que podía ver desde su puesto de observación, pero siempre aparece algo que no había tenido en cuenta. Si no fuera por esa impaciencia suya de alcanzar el resultado completo y definitivo de su operación visual, mirar las olas sería para él un ejercicio muy sedante y podría salvarlo de la neurastenia, del infarto y de la úlcera de estómago. Y quizá podría ser la clave para adueñarse de la complejidad del mundo reduciéndola al mecanismo más simple.

Pero toda tentativa de definir este modelo debe tener en cuenta una ola larga que sobreviene en dirección perpendicular a las rompientes y paralela a la costa, haciendo deslizar una cresta continua que apenas aflora. Los brincos de las olas que avanzan alborotadas hacia la orilla no turban el impulso uniforme de esta cresta compacta que las corta en ángulo recto y no se sabe dónde va ni de dónde viene. Tal vez es un soplo de viento de levante que mueve la superficie del mar transversalmente al impulso profundo de las masas de agua del mar abierto, pero esta ola que nace del aire recoge al pasar los impulsos oblicuos que nacen del agua y los desvía y endereza en su dirección llevándolos consigo. Así va aumentando y cobrando fuerza hasta que el choque con las olas contrarias la debilita poco a poco hasta hacerla desaparecer, o bien la tuerce hasta confundirla en una de las tantas dinastías de olas oblicuas, arrojada a la orilla con ellas.

Fijar la atención en un aspecto lo hace saltar al primer plano e invadir el cuadro, como ciertos dibujos en que basta cerrar los ojos y al volver a abrirlos la perspectiva ha cambiado. Ahora, cuando ese cruzarse de crestas diversamente orientadas, el dibujo del conjunto resulta fragmentado en recuadros que afloran y se desvanecen. Añádase que el reflujos de cada ola tiene también su fuerza que contraría las olas siguientes. Y si se concentra la atención en ese impulso hacia atrás, parece que el verdadero movimiento es el que parte de la orilla y va hacia mar abierto.

El verdadero resultado que el señor Palomar está a punto de alcanzar ¿será tal vez hacer correr

las olas en sentido opuesto, invertir el tiempo, vislumbrar la verdadera sustancia del mundo más allá de los hábitos sensoriales y mentales? No, llega a experimentar una ligera sensación de mareo, nada más. La obstinación que empuja las olas hasta la costa tiene ganada la partida; la realidad se han abultado bastante. ¿Irá a cambiar el viento? Pobre de él si la imagen que el señor Palomar ha logrado componer minuciosamente se desbarata, desmenuza, dispersa. Sólo consigue tener presentes todos sus aspectos juntos, puede iniciar la segunda fase de la operación: extender ese conocimiento al universo entero.

Bastaría con no perder la paciencia, cosa que no tarda en suceder. El señor Palomar se aleja por la playa, con los nervios crispados como cuando llegó y todavía más inseguro de todo.

El seno desnudo

El señor Palomar camina por una playa solitaria. Encuentra unos pocos bañistas. Una joven tendida en la arena toma el sol con el seno descubierto. Palomar, hombre discreto, vuelve la mirada hacia el horizonte marino. Sabe que en circunstancias análogas, al acercarse a un desconocido, las mujeres se apresuran a cubrirse, y eso no le parece bien: porque es molesto para la bañista que tomaba el sol tranquila; porque el hombre que pasa se siente inoportuno; porque el tabú de la desnudez queda implícitamente confirmado; porque las convenciones respetadas por las medias propagan inseguridad e incoherencia en el comportamiento, en vez de libertad y franqueza.

Por eso, apenas ve perfilarse desde lejos la nube rosa-bronceado de un torso desnudo de mujer, se apresura a orientar la cabeza de modo que la trayectoria de la mirada quede suspendida en el vacío y garantice su cortés respeto por la frontera invisible que circunda a las personas.

Pero –piensa mientras sigue andando y, apenas el horizonte se despeja, recuperando el libre movimiento del globo ocular, al proceder así, manifiesto una negativa a ver, es decir, terminada también por reforzar la convención que considera ilícita la vista de los senos, o sea instituyó una especie de corpiño mental suspendido entre mis ojos y ese seno que, por el vislumbre que de él me ha llegado desde los límites de mi campo visual, me parece fresco y agradable de ver. En una palabra, mi no mirar presupone que estoy pensando en esa desnudez que me preocupa y eso sigue siendo en el fondo una actitud indiscreta y retrógrada.

De regreso, Palomar vuelve a pasar delante de la bañista, y esta vez mantiene la mirada fija delante, de modo que roce con ecuánime uniformidad la espuma de las olas que se retraen, los cascos de las barcas varadas, la toalla extendida en la arena, la hinchida luna de piel más clara que el halo moreno del pezón, el perfil de la costa en la calina, gris contra el cielo.

Sí –reflexiona, satisfecho de sí mismo, prosiguiendo el camino–, he conseguido que los senos quedaran absorbidos completamente por el paisaje, y que mi mirada no pesara más que la mirada de una gaviota o de una merluza.

Pero ¿será justo proceder así? –sigue reflexionando–. ¿No es equiparar a la persona humana al nivel de las cosas, considerarla un objeto, y lo que es peor, considerar objeto aquello que en la persona es específico del sexo femenino? ¿No estoy, quizá, perpetuando la vieja costumbre de la supremacía masculina, encallecida con los años en insolencia rutinaria?

Gira y vuelve sobre sus pasos. Ahora, al deslizar su mirada por la playa con objetividad imparcial, procede de modo que, apenas el seno de la mujer entra en su campo visual, se note una discontinuidad, una desviación, casi un escabullirse. La mirada avanza hasta rozar la piel tensa,

retrae, como apreciando con un leve sobresalto la diversa consistencia de la visión y el valor especial que adquiere, y por un momento se mantiene en mitad del aire, describiendo una curva que acompaña el relieve de los senos desde cierta distancia, elusiva, pero también protectora, para reanudar después su curso como si no hubiera pasado nada.

Creo que así mi posición resulta bastante clara –piensa Palomar–, sin malentendidos posibles. Pero ¿este sobrevolar de la mirada no podría a fin de cuentas entenderse como una actitud de superioridad, una depreciación de lo que los senos son y significan, un ponerlos en cierto modo aparte, al margen o entre paréntesis? Resulta que ahora vuelvo a relegar los senos a la penumbra donde los han mantenido como pecado siglos de pudibundez maniaco sexual y de concupiscencia...

Tal interpretación va contra las mejores intenciones de Palomar, que, pese a pertenecer a una generación madura para la cual la desnudez del seno femenino se asociaba a la idea de intimidación amorosa, acoge sin embargo favorablemente este cambio de las costumbres, sea por lo que ello significa de reflejo de una mentalidad más abierta de la sociedad, sea porque esa visión en particular le resulta agradable. Este estímulo desinteresado es lo que desearía llegar a expresar con su mirada.

Da media vuelta. Con paso resuelto avanza una vez más hacia la mujer tendida al sol. Ahora su mirada, rozando volublemente el paisaje, se detendrá en los senos con un cuidado especial, pero se apresurará a integrarlos en un impulso de benevolencia y de gratitud por todo, por el sol y el cielo, por los pinos encorvados y la duna y la arena y los escollos y las nubes y las algas, por el cosmos que gira en torno a esas cúspides nimbadas.

Esto tendría que bastar para tranquilizar definitivamente a la bañista solitaria y para despejar terreno de inferencias desviantes. Pero, apenas vuelve a acercarse, ella se incorpora de golpe, cubre, resopla, se aleja encogiéndose de hombros con fastidio como si huyese de la insistencia molesta de un sátiro.

El peso muerto de una tradición de prejuicios impide apreciar en su justo mérito las intenciones más esclarecidas, concluye amargamente Palomar.

La espada del sol

El reflejo se forma en el mar cuando el sol cae: desde el horizonte se estira hasta la costa una mancha deslumbrante, hecha de muchos centelleos ondulantes; entre centelleo y centelleo, el azul opaco del mar oscurece su red. Las barcas blancas a contraluz se vuelven negras, pierden consistencia y extensión, como consumidas por ese resplandor moteado.

Es la hora en que el señor Palomar, hombre tardío, toma su baño vespertino. Entra en el agua y se aparta de la orilla, y el reflejo del sol se convierte en una espada relumbrante en el agua que desde el horizonte se alarga hasta alcanzarlo. El señor Palomar nada en la espada, o mejor dicho, la espada sigue estando siempre delante de él, a cada brazada suya se retrae y no se deja alcanzar nunca. Dondequiera que estire los brazos, el mar cobra su opaco color vespertino, que se extiende hasta la orilla, a sus espaldas.

Mientras el sol baja hacia el crepúsculo, el reflejo blanco incandescente se va coloreando de oro y cobre. Y por más que el señor Palomar se desplace, continúa siendo el vértice de aquel agudo triángulo dorado; la espada lo sigue, señalándolo como la aguja de un reloj cuyo perno es el sol.

«Es un homenaje especial que el sol me rinde a mí personalmente», está tentado de pensar

señor Palomar, o mejor dicho, el yo egocéntrico y megalómano que lo habita. Pero el yo depresivo y autolesionador que cohabita con el otro en el mismo receptáculo objeta: «Todos los que tienen ojos ven el reflejo que los sigue; la ilusión de los sentidos y de la mente nos tiene siempre prisioneros». Interviene un tercer coinquilino, un yo más ecuánime: «Quiere decir que de cualquier modo, yo formo parte de los sujetos sintientes y pensantes, capaces de establecer una relación con los rayos solares, y de interpretar y valorar las percepciones y las ilusiones».

Todo bañista que a esta hora nada hacia el poniente ve la franja de luz que se dirige hacia el norte para apagarse poco a poco más allá del punto al que tiende su brazada: cada uno posee su reflejo que sólo para él tiene esa dirección y con él se desplaza. A los dos lados del reflejo el azul del agua es más oscuro. «¿Es ése el único dato no ilusorio, común a todos: la oscuridad?», se preguntan entre ellos el señor Palomar. Pero la espada se impone igualmente al ojo de cualquiera, no hay modo de escapar. «¿Lo que tenemos en común es justamente lo que es dado a cada uno como reflejo, exclusivamente suyo?»

Las tablas de vela resbalan en el agua, cortando con bordadas oblicuas el viento de tierra que se levanta a esta hora. Figuras erectas gobiernan el botalón con los brazos tensos como arqueros, conteniendo el aire que restalla en la tela. Cuando atraviesan el reflejo en medio del oro que lo rodea, envuelve, los colores de la vela se atenúan y es como si el perfil de los cuerpos opacos entrara en la noche.

«Todo esto sucede no en el mar, no en el sol –piensa el nadador Palomar–, sino dentro de mi cabeza, en los circuitos entre los ojos y el cerebro. Estoy nadando en mi mente; sólo en ella existe esa espada de luz; y lo que me atrae es justamente eso. Ése es mi elemento, el único que puedo en cierto modo conocer.»

Pero también piensa: «No puedo alcanzarla, la tengo siempre ahí delante, no puede estar en el mismo tiempo dentro de mí y en algo donde nado; si la veo quedo fuera de ella y ella queda fuera».

Sus brazadas son ahora fatigadas e inciertas: se diría que todo su razonamiento, en vez de aumentarle el placer de nadar en el reflejo, se lo está frustrando, como haciéndole sentir una limitación, o una culpa, o una condena. Y también una responsabilidad a la que no puede escapar: la espada existe sólo porque él está ahí; si se marchara, si todos los bañistas y los nadadores volviesen a la orilla o dieran la espalda al sol, ¿dónde iría a parar la espada? En el mundo que se deshace, lo que él quisiera salvar es lo más frágil: ese puente marino entre sus ojos y el sol al poniente. El señor Palomar no tiene más ganas de nadar; siente frío. Pero continúa: ahora es obligado a permanecer en el agua hasta que el sol haya desaparecido.

Entonces piensa: «Si veo y pienso y nado el reflejo, es porque en el otro extremo está el sol lanzando sus rayos. Cuenta sólo el origen de lo que es: algo que mi mirada no puede sostener sino en forma atenuada, como en este crepúsculo. Todo el resto es reflejo entre reflejos, incluido yo»

Pasa el fantasma de una vela; la sombra del hombre-mástil se desliza entre las escamas luminosas. «Sin el viento esta trampa armada con articulaciones de plástico, huesos y tendones humanos, escotas de nylon, no se sostendría; el viento la convierte en una embarcación que parece dotada de una finalidad e intención propias; sólo el viento sabe dónde van el surf y el surfista a pensar. ¡Qué alivio si consiguiera anular su yo parcial y dudoso en la certidumbre de un principio del cual todo derive! ¿Un principio único y absoluto en el que se originen los actos y las formas? ¿O bien cierto número de principios distintos, líneas de fuerza que se entrecruzan dando una forma al mundo tal como aparece, único, instante a instante?»

«...el viento y también, desde luego, el mar, la masa de agua que sostiene los sólidos flotantes»

fluctuantes, como yo y la tabla», piensa el señor Palomar haciendo el muerto.

~~Su mirada invertida contempla ahora las nubes errantes y las colinas nubladas de bosque.~~ También su yo está invertido en los elementos: el fuego celeste, el aire en movimiento, el agua, la luna y la tierra sostén. ¿Será ésta la naturaleza? Pero nada de lo que ve existe en la naturaleza: el sol no se pone, el mar no tiene ese color, las formas son las que la luz proyecta en la retina. Como movimientos antinaturales de los miembros flota entre espectros; cuerpos humanos en posiciones antinaturales desplazan su peso aprovechando no el viento sino la abstracción geométrica de un ángulo entre el viento y la inclinación de un dispositivo artificial y así resbalan sobre la lisa piel del mar. ¿La naturaleza no existe?

El yo nadador del señor Palomar está inmerso en un mundo descorporizado, intersecciones de campos de fuerza, diagramas vectoriales, haces de redes que convergen, divergen, se refractan. Pero dentro de él sigue habiendo un punto en el que todo existe de otra manera, como un maraña, como un grumo, como un atasco: la sensación de que estás aquí pero podrías no estar, como un mundo que podría no estar pero está.

Una ola intrusa turba el mar liso; un motóscabo irrumpe y pasa raudo derramando queroseno dando tumbos. El velo de reflejos grasientos y tornasolados del queroseno se despliega fluctuando dentro del agua; esa consistencia material que el resplandor del sol no tiene es la que sin duda posee esa huella de la presencia física del hombre derramando su reguero de carburante, detritos de la combustión, residuos no asimilables, mezclando y multiplicando la vida y la muerte a su alrededor.

«Éste es mi hábitat –piensa Palomar–, que no es cuestión de aceptar o de excluir, porque sólo aquí puedo existir.» Pero ¿y si la suerte de la vida en la tierra ya estuviera señalada? ¿Si la carrera hacia la muerte superase cualquier posibilidad de recuperación?

La oleada avanza, rompiente solitaria, hasta tumbarse en la orilla; y donde parecía haber únicamente arena, guijarros, algas y minúsculas conchas, el agua al retirarse revela una franja de playa constelada de latas vacías, huesos de fruta, preservativos, peces muertos, botellas de plástico, zuecos rotos, jeringas, ramas negras de alquitrán.

Alzado también por la ola del motóscabo, envuelto en la marea de escorias, el señor Palomar siente de improviso como un despojo entre despojos, cadáver revolcado en las playas basureros de los continentes-cementerios. Si ningún ojo, salvo el ojo vítreo de los muertos, se abriera más en la superficie del globo terráqueo, la espada no volvería a brillar.

Pensándolo bien, esa situación no es nueva: durante millones de siglos los rayos del sol se posaron en el agua antes de que existieran ojos capaces de recogerlos.

El señor Palomar nada debajo del agua; emerge; ¡ahí está la espada! Un día un ojo salió del mar y la espada, que ya estaba esperándolo, pudo finalmente ostentar toda la esbeltez de su punta aguda y su fulgor centelleante. Estaban hechos el uno para el otro, espada y ojo; y tal vez no fue el nacimiento del ojo el que hizo nacer la espada sino lo contrario, porque la espada no podía prescindir de un ojo que la mirase en su vértice.

El señor Palomar piensa en el mundo sin él: el inmenso de antes de su nacimiento, y el mucho más oscuro de después de su muerte; trata de imaginar el mundo antes de los ojos, de cualquier ojo; y un mundo que mañana, por una catástrofe o por lenta corrosión, se quedara ciego. ¿Qué sucede (sucedió, sucederá) en ese mundo? Puntual, un dardo de luz parte del sol, se refleja en el mar calmo, centellea en el temblor del agua, y entonces la materia se vuelve receptiva a la luz, diferencia en tejidos vivientes, y de pronto un ojo, una multitud de ojos florece, o reflorece...

Ahora todas las tablas de surf descansan en la orilla, e incluso el último bañista aterido

llamado Palomar– sale del agua. Se ha convencido de que la espada existirá sin él; finalmente, se seca con una toalla y vuelve a su casa.

Palomar en el jardín

Los amores de las tortugas

Hay dos tortugas en el patio: macho y hembra. ¡Clack! ¡Clack! Los caparazones chocan uno sobre otro. Es la estación de los amores. El señor Palomar, sin que lo vean, espía.

El macho empuja a la hembra de costado, alrededor del reborde de la vereda. La hembra parece resistir el ataque, o por lo menos, opone una inmovilidad un poco inerte. El macho es más pequeño y activo; parece más joven. Intenta repetidas veces montarla, desde atrás, pero el caparazón de ella se levanta y él resbala.

Ahora debe de haber conseguido colocarse en la posición correcta: empuja con golpes rítmicos y pausados; con cada golpe emite un jadeo, casi un grito. La hembra tiene las patas anteriores aplastadas contra la tierra, lo que le hace levantar la parte trasera. El macho se afana con las patas anteriores sobre el caparazón de ella, estirando el cuello hacia delante, proyectándose con la boca abierta. El problema con estos caparazones es que no hay manera de aferrarse, y, además, las patas no consiguen agarrar.

Ahora ella le rehúye, él la persigue. No es que la hembra sea más veloz ni que esté muy decidida a escapar: para retenerla él le mordisquea una pata, siempre la misma. Ella no se rebela. El macho, cada vez que la hembra se detiene, trata de montarla, pero ella da un pasito adelante y él resbala y da con el miembro en el suelo. Es un miembro bastante largo, en forma de gancho. Él parece que conseguirá alcanzarla con él aunque el espesor de los caparazones y la torpe posición los separen. De modo que no se puede decir cuántos de esos asaltos terminan bien, cuántos fracasan, cuántos son sólo juego, teatro.

Es verano, el patio está pelado salvo un jazmín verde en un rincón. El galanteo consiste en dar innumerables vueltas al arriate, con persecuciones y fugas y escaramuzas no de las patas sino de los caparazones que entrechocan con un repiqueteo sordo. Entre los tallos del jazmín trata de colocarse la hembra; cree –o quiere hacer creer– que lo hace para esconderse; pero en realidad es un modo más seguro de quedar bloqueada por el macho, inmovilizada sin salvación. Ahora es probable que él haya conseguido introducir el miembro como se debe; pero esta vez están los dos quietos, quietos, silenciosos.

Cuáles pueden ser las sensaciones de dos tortugas que se acoplan, el señor Palomar no consigue imaginarlo. Las observa con una atención fría, como si se tratara de dos máquinas: dos tortugas electrónicas programadas para acoplarse. ¿Qué es el eros si en lugar de la piel hay placas de hueso y escamas de cuerno? Pero aun lo que llamamos eros ¿no es quizá un programa de nuestra máquina corporal, más complicado porque la memoria recoge los mensajes de cada célula cutánea, de cada molécula de nuestros tejidos y los multiplica combinándolos con los impulsos transmitidos por la vista y con los suscitados por la imaginación? La diferencia está sólo en el número de circuitos que intervienen: de nuestros receptores parten miles de millones de hilos conectados con el *computer* de los sentimientos, de los condicionamientos, de los vínculos entre persona y persona... El eros es un programa que se desenvuelve en la maraña electrónica de la mente, pero la mente es también piel: piel tocada, vista, recordada. ¿Y las tortugas, encerradas en

sus estuches insensibles? La penuria de los estímulos sensoriales tal vez las obliga a una vida mental concentrada, intensa, las lleva a un conocimiento interior cristalino... Tal vez el eros de las tortugas sigue leyes espirituales absolutas, mientras que nosotros somos prisioneros de una maquinaria que no sabemos cómo funciona, que puede atascarse, a trabarse, a desencadenarse en automatismos sin control...

¿Se entenderán mejor a sí mismas las tortugas? Después de unos diez minutos de acoplarse, los dos caparazones se separan. Ella delante, él detrás, vuelven a girar por el jardín. Ahora el macho está más indiferente, de vez en cuando con una patada se afana sobre el caparazón de ella, se sube encima, pero sin mucha convicción. Vuelven a meterse debajo del jazmín. Él le muerde un poco una pata, siempre en el mismo lugar.

El silbido del mirlo

El señor Palomar tiene esta suerte: pasa el verano en un lugar donde cantan muchos pájaros. Mientras sentado en una tumbona «trabaja» (en realidad tiene otra suerte: poder decir que trabaja en lugares y posiciones que parecerían para el descanso más absoluto; o mejor dicho, sufre una condena: se siente obligado a no dejar nunca de trabajar, aun tendido bajo los árboles una mañana de agosto), los pájaros invisibles entre las ramas despliegan a su alrededor un repertorio de manifestaciones sonoras de lo más variadas, lo envuelven en un espacio acústico irregular, discontinuo y erizado, pero en el que se establece el equilibrio entre varios sonidos, ninguno de los cuales sobresale de los otros por su intensidad o frecuencia, y todos se entretajan en una urdimbre homogénea, sostenida no por la armonía sino por la ligereza y la transparencia. Hasta que a la hora más caliente la feroz multitud de los insectos impone su dominio absoluto sobre las vibraciones del aire, ocupando sistemáticamente las dimensiones del tiempo y del espacio con un martilleo ensordecedor y sin pausa de las cigarras.

El canto de los pájaros ocupa una parte variable de la atención auditiva del señor Palomar: a veces lo aleja como un componente del silencio de fondo, a veces se concentra en distinguir cantos por canto, reagrupándolos en categorías de complejidad creciente: gorgoritos puntiformes, trinos de dos notas, una breve una larga, silbos breves y vibrantes, borboteos, cascadas de notas que bajan hiladas y se detienen, rizos de modulaciones que se curvan sobre sí mismas, y así hasta los gorjeos.

A una clasificación menos genérica el señor Palomar no llega: no es de los que, escuchando un canto, saben reconocer a qué pájaro corresponde. Siente esta ignorancia suya como una culpa. Un nuevo saber que el género humano va adquiriendo no resarce del saber que se propaga sólo por una directa transmisión oral y que una vez perdido no se puede recuperar y volver a transmitir. Ningún libro puede enseñar lo que sólo se aprende en la infancia si se prestan oído y ojo atentos al canto y al vuelo de los pájaros y si hay alguien que puntualmente sepa darles un nombre. Al culpar de la precisión de la nomenclatura y la clasificación, Palomar había preferido la persecución continua de una precisión insegura en el definir lo modulado, lo cambiante, lo compuesto, esto es, lo indefinible. Ahora optaría por lo opuesto, y siguiendo el hilo de sus pensamientos despertados por el canto de los pájaros, su vida le parece una sucesión de ocasiones perdidas.

Entre todos los cantos de los pájaros se destaca el silbido del mirlo, inconfundible con cualquier otro. Los mirlos llegan al final de la tarde: son dos, desde luego, una pareja, tal vez la misma del año pasado, de todos los años en esta época. Cada tarde al escuchar el reclamo de un

silbido, en dos notas, como de una persona que quiere anunciar su llegada, el señor Palomar alza la cabeza para buscar quién lo llama; después recuerda que es la hora de los mirlos. No tarda en descubrirlos: saltan por la hierba como si su verdadera vocación fuera de bípedos terrestres y se divirtiera establecer analogías con el hombre.

El silbido del mirlo tiene algo especial: es idéntico a un silbido humano, de alguien que no fuera particularmente hábil para silbar, pero que tuviese una buena razón para silbar, una sola vez, sólo una, sin intención de seguir, y lo hiciera en tono decidido pero modesto y afable, como para asegurarse de la benevolencia de quien lo escucha.

Al cabo de un momento el silbido se repite –por el mismo mirlo o por su cónyuge– pero siempre como si fuera la primera vez que se le ocurre silbar; si es un diálogo, cada réplica llega después de una larga reflexión. Pero ¿es un diálogo o cada mirlo silba para sí y no para el otro? ¿en un caso o en el otro, ¿se trata de preguntas y respuestas (al otro o a sí mismo) o de confirmación de algo que es siempre lo mismo (la propia presencia, la pertenencia a la especie, al sexo, al territorio)? Tal vez el valor de esa única palabra esté en ser repetida por otro pico silbador, en no ser olvidada durante el intervalo de silencio.

O bien todo el diálogo consiste en decir al otro «aquí estoy», y la longitud de las pausas añadidas a la frase el significado de un «todavía», como si dijera: «aquí estoy todavía, soy siempre yo». ¿es en la pausa y no en el silbido el significado del mensaje? ¿Si los mirlos se hablaran en el silencio? (El silbido sería en este caso sólo un signo de puntuación, una fórmula como «Corre y cierra».) Un silencio en apariencia igual a otro silencio podría expresar cien intenciones diversas; también un silbido, por lo demás; hablarse callando, o silbando, es siempre posible: el problema es entenderse. O es que nadie puede entender a nadie: cada mirlo cree haber puesto en el silbido un significado que le es fundamental, pero que sólo él entiende; el otro le replica algo que no tiene ninguna relación con lo que el primero ha dicho; es un diálogo entre sordos, una conversación sin pies ni cabeza.

Pero los diálogos humanos ¿son acaso algo distinto? La señora Palomar anda también por el jardín regando las verónicas. Dice: «Ahí están», enunciación pleonástica (se sobrentiende que el marido ya está mirando los mirlos) o si no (si él no los hubiera visto) incomprensible, pero en todos modos destinada a establecer la propia prioridad en la observación de los mirlos (porque efectivamente, ha sido ella la primera que los descubrió y señaló sus hábitos al marido) y subrayar la infalibilidad de sus apariciones, ya registrada tantas veces por ella.

«Ssst» hace el señor Palomar, aparentemente para impedir que su mujer los espante hablando en voz alta (recomendación inútil porque los mirlos marido y mujer están ya habituados a su presencia y a las voces de los señores Palomar marido y mujer) pero en realidad para impugnar la ventaja de su mujer demostrando por los mirlos una solicitud mucho mayor que la de ella.

Entonces la señora Palomar dice: «Desde ayer se ha secado de nuevo», refiriéndose a la tierra del arriate que está regando, comunicación en sí superflua pero destinada a demostrar, al seguir hablando y cambiar de tema, una confianza con los mirlos mucho mayor y más desenvuelta que la del marido. No obstante, de estas réplicas el señor Palomar saca un cuadro general de tranquilidad y lo agradece a su mujer, porque, si ella le confirma que por el momento no hay nada más grave de qué preocuparse, él puede seguir absorto en su trabajo (o seudotrabajo o hipertrabajo). Deja pasar un minuto y trata de lanzar un mensaje tranquilizador, para informar a su mujer de que su trabajo (o infratrabajo o ultratrabajo) como de costumbre avanza; con este fin emite una serie de bufidos y refunfuños: «...no me sale... con todo lo que... empezar de nuevo... seguir con los pies...», enunciaciones que todas juntas transmiten también el mensaje «estoy mu

ocupado», por si la última réplica de su mujer contuviera también un larvado reproche del tipo «podrías pensar tú también de vez en cuando en regar el jardín».

Presuposición de estos intercambios verbales es la idea de que una perfecta comprensión entre cónyuges permite entenderse sin estar especificándolo todo en sus mínimos detalles; pero este principio es puesto en práctica de modo muy diferente por los dos: la señora Palomar se expresa con frases completas, pero a menudo alusivas o sibilinas, para poner a prueba la rapidez de las asociaciones mentales del marido y la sintonía de los pensamientos de él con los de ella (cosa que no siempre funciona); el señor Palomar en cambio deja que de las brumas de su monólogo interior emerjan dispersos sonidos articulados, confiando en que de ellos resulte, si no una evidencia de un sentido completo, por lo menos el claroscuro de un estado de ánimo.

La señora Palomar, en cambio, se niega a recibir esos refunfuños como un discurso y para subrayar su no participación dice en voz baja: «¡Ssst...! Los espantas...», devolviendo a su marido el silencio que él se había creído autorizado a imponerle, reafirmando la propia primacía en la atención a los mirlos.

Señalado este punto a su favor, la señora Palomar se aleja. Los mirlos picotean en la hierba seguro que consideran los diálogos de los cónyuges Palomar como el equivalente de sus propios silbidos. Daría lo mismo que nos limitáramos a silbar, piensa el señor Palomar. Aquí se abre una perspectiva de pensamientos muy prometedores para él, a quien la discrepancia entre su comportamiento humano y el resto del universo siempre le ha causado angustia. El idéntico silbido del hombre y del mirlo le parece un puente tendido sobre el abismo.

Si el hombre invirtiera en el silbido todo lo que normalmente confía a la palabra, y si el mirlo modulase en el silbido todo lo no dicho de su condición de ser natural, se daría el primer paso para anular la separación entre... ¿entre qué y qué? ¿Naturaleza y cultura? ¿Silencio y palabra? El señor Palomar espera siempre que el silencio contenga algo más que aquello que el lenguaje puede decir. Pero ¿y si el lenguaje fuese realmente el punto de llegada al que tiende todo lo que existe? ¿O si todo lo que existe fuese lenguaje, desde el principio de los tiempos? Aquí el señor Palomar vuelve a sentir angustia.

Después de haber escuchado atentamente el silbido del mirlo, trata de repetirlo lo más fielmente que puede. Sigue un silencio perplejo, como si su mensaje exigiese un atento examen; después rebota un silbido igual, que el señor Palomar no sabe si es una respuesta para él, o una prueba de que su silbido es tan distinto que los mirlos no se inmutan y reanudan el diálogo entre ellos como si no hubiera pasado nada.

Continúan silbando e interrogándose perplejos, él y los mirlos.

El césped infinito

Alrededor de la casa del señor Palomar hay una extensión de césped. No es un lugar donde debería crecer naturalmente el césped; el césped es, pues, un objeto artificial, compuesto de objetos naturales, esto es, de hierba. El césped tiene como finalidad representar la naturaleza, pero esta representación se opera sustituyendo la naturaleza propia del lugar por una naturaleza en apariencia natural, pero artificial en relación con ese lugar. En una palabra: cuesta caro; el césped requiere gastos y esfuerzo sin fin: para sembrarlo, regarlo, abonarlo, desinfectarlo, segarlo.

El césped está formado de dicondra, gramilla y trébol. Ésta es la mezcla que por partes iguales se esparció en el momento de la siembra. La dicondra, enana y rastrera, tomó en seguida

delantera; su alfombra de hojitas compuestas redondas y suaves se extiende, grata al pie y a mirada. Pero el espesor del césped lo dan las lanzas afiladas de la gramilla, si no son demasiado ralas y si no se las deja crecer mucho sin darles una poda. El trébol brota irregular, aquí de penachos, allá nada, más abajo un mar; crece lozano hasta que se afloja, porque la hélice de la hoja pesa en lo alto del tierno pecíolo y lo arquea. La cortadora avanza con trepidación ensordecedora al segarlo; un suave olor a heno fresco embriaga el aire; la hierba nivelada recupera su hispida infancia; pero el mordisco de la cuchilla revela discontinuidades, peladuras ralas, manchas amarillas.

Para que el césped merezca su nombre debe ser una verde extensión uniforme: resultado innatural logrado naturalmente por los prados que la naturaleza decide. Aquí, observando minuciosamente, se descubre dónde no llega el aspersor, dónde en cambio el agua golpea en un chorro continuo y pudre las raíces, y dónde del riego adecuado aprovechan las malas hierbas.

El señor Palomar arranca la cizaña, en cuclillas en el césped. Un diente de león se adhiere al terreno con un basamento de hojas dentadas espesamente superpuestas; si tiras del tallo, se queda en la mano mientras las raíces permanecen hincadas en la tierra. Con un movimiento ondulante de la mano hay que tomar toda la planta y desprender delicadamente las raicillas de la tierra, sacando tal vez motas de terrón y desmedradas briznas de hierba, medio ahogadas por un vecino invasor. Después, arrojar al intruso en un lugar donde no pueda volver a echar raíces o desparramar semillas. Cuando se empieza a arrancar una gramínea, en seguida se ve asomar otra un poco más allá, y otra, y otra más. En un instante, aquel trozo de alfombra herbosa que parecía necesitar unos pocos retoques resulta ser una jungla sin ley.

¿No queda más que cizaña? Peor aún: las malas hierbas se entremezclan tan espesamente con las buenas que no se puede meter mano en medio y tirar. Parecería que se ha creado un acuerdo cómplice entre las hierbas sembradas y las silvestres, un debilitamiento de las barreras impuestas por la disparidad de nacimiento, una tolerancia resignada de la degradación. Algunas hierbas espontáneas no tienen para nada, en sí mismas, un aire maléfico o insidioso. ¿Por qué no admitirlas entre las que pertenecen al césped por derecho propio, integrándolas en la colectividad de las cultivadas? Por este camino se llega a dejar que se pierda el «césped inglés» y a replegarlo en el «césped rústico», abandonado a sí mismo. «Es lo que antes o después habrá que elegir», piensa el señor Palomar, pero le parecería faltar a un compromiso de honor. Una achicoria, una borraja saltan a su campo visual. Las extirpa.

Es cierto que arrancar una mala hierba aquí y allá no resuelve nada. Habría que proceder así, piensa—: tomar un cuadrado de césped, de un metro de lado, y limpiarlo hasta de la presencia más ínfima que no sea trébol, gramilla o dicondra. Después, pasar a otro cuadrado. O quizás no detenerse en un cuadrado de muestra. Contar cuántas briznas de hierba hay, de qué especie, su espesor, y cómo están distribuidas. A partir de ese cálculo se llegará a un conocimiento estadístico del césped, que una vez establecido...

Pero contar las briznas de hierba es inútil, nunca se llegará a saber cuántas son. El césped no tiene límites netos, hay una orilla donde la hierba deja de crecer, pero todavía brota alguna brizna dispersa aquí y allá, después una espesa mota verde, después una franja más rala: ¿forman todavía parte del césped o no? Más allá se insinúa el matorral: no se puede decir qué es césped y qué maleza. Pero aun donde no hay más que hierba no se sabe nunca dónde se puede dejar de contar entre plantita y plantita hay siempre una hojita compuesta que apenas aflora de la tierra y cuya raíz es un vello blanco que casi no se ve; hace un minuto se la podía dejar de lado, pero dentro de un poco tendremos que contarla también. Entre tanto, otras dos briznas que hasta hace poco

parecían apenas amarillentas se han marchitado definitivamente y habrá que borrarlas de cuenta. Después están los fragmentos de briznas, quebradas por la mitad, o cortadas al ras del suelo, o desgarradas a lo largo de la nervadura, las hojas compuestas que han perdido un lóbulo. Los decimales sumados no hacen un número entero, quedan como una menuda devastación herbácea, en parte todavía viva, en parte ya papilla, alimento de otras plantas, humus...

El césped es un conjunto de hierbas –así se plantea el problema– que comprende un subconjunto de hierbas cultivadas y un subconjunto de hierbas espontáneas llamadas cizaña; la intersección de los dos subconjuntos está constituida por hierbas nacidas espontáneamente, pertenecientes a las especies cultivadas y por tanto indiferenciables de éstas. Los dos subconjuntos incluyen, a su vez, diversas especies, cada una de las cuales es un subconjunto, mejor dicho, es un conjunto que incluye el subconjunto de los elementos propios que pertenecen también al césped y al subconjunto de los ajenos al césped. Sopla el viento, vuelan las semillas y los pólenes, las relaciones entre los conjuntos se desbaratan...

Palomar sigue ahora otro curso de pensamientos: ¿es «el césped» lo que vemos o vemos una brizna más una brizna más una brizna...? Lo que llamamos «ver el césped» es sólo un efecto de nuestros sentidos aproximativos y bastos; un conjunto sólo existe en tanto que está formado por elementos distintos. No es necesario contarlos, el número no importa; lo que importa es aprehender de un vistazo las plantitas individuales una por una, en su particularidad y en sus diferencias. Y no solamente verlas: pensarlas. En vez de pensar «césped», pensar aquel pecíolo con dos hojas de trébol, aquella hoja lanceolada un poco corva, aquel corimbo delicado...

Palomar se ha distraído, ya no arranca las malas hierbas, ya no piensa en el césped; piensa en el universo. Está tratando de aplicar al universo todo lo que ha pensado del césped. El universo como cosmos regular y ordenado o como proliferación caótica. El universo tal vez finito pero innumerable, inestable en sus confines, que abre dentro de sí otros universos. El universo como conjunto de cuerpos celestes, nebulosas, polvillo, campos de fuerzas, intersecciones de campos, conjuntos de conjuntos...

Palomar mira el cielo

Luna de la tarde

La luna de la tarde nadie la mira, y ése es el momento en que más necesitaría de nuestro interés puesto que su existencia está todavía en duda. Es una sombra blanquecina que aflora del azul intenso del cielo, colmado de luz solar; ¿quién nos asegura que se las ingeniará también esta vez para cobrar forma y esplendor? Es tan frágil y pálida y tenue; sólo en un lado comienza a adquirir un contorno nítido como el arco de una hoz, y el resto está aún todo impregnado de celeste. Parece como una hostia transparente, o una pastilla medio disuelta; sólo que aquí el círculo blanco no se va deshaciendo sino condensando, coagulándose a expensas de las manchas y sombras grisáceas que no se entiende si pertenecen a la geografía lunar o si son rebabas del cielo que todavía tienen un satélite poroso como una esponja.

En esta fase el cielo es todavía algo muy compacto y concreto y no se puede saber con certeza si de su superficie tensa e ininterrumpida se va separando esa forma redonda y blanquecina, o si una consistencia apenas más sólida que las nubes, o si, al contrario, se trata de una corrosión del tejido del fondo, una desmalladura de la cúpula, una brecha que se abre a la nada de atrás. La incertidumbre es acentuada por la irregularidad de la figura que por una parte está adquiriendo relieve (donde más le llegan los rayos del sol poniente) y por la otra se demora en una especie de penumbra. Y como el límite entre las dos zonas no es nítido, el efecto resultante no es el de un sólido visto en perspectiva sino más bien el de una de esas figurillas de las lunas de calendario, en las que un perfil blanco se destaca dentro de un pequeño círculo oscuro. A esto no habría nada que objetar si se tratase de una luna en cuarto creciente y no de una luna llena o casi. Así se va con la realidad revelando, a medida que su contraste con el cielo se refuerza y su circunferencia se dibuja más nítidamente, con apenas algunas abolladuras en el borde de levante.

Es preciso decir que el azul del cielo ha virado sucesivamente al pervinca, al violeta (los rayos del sol se han vuelto rojos), después al ceniciento y el pardo, y cada vez el blancor de la luna ha recibido un empujón para decidirlo a salir y en su interior la parte más luminosa ha ganado extensión hasta cubrir todo el disco. Es como si las fases por las que la luna pasa en un mes fueran recorridas de nuevo en el interior de esta luna llena o luna gibosa, en las horas entre su salida y su ocaso, con la diferencia de que la forma redonda queda más o menos toda a la vista. En medio del círculo las manchas se mantienen, e incluso su claroscuro se vuelve más contrastado en relación con la luminosidad del resto, pero ahora no hay duda de que la luna las lleva como magulladuras o equimosis, y ya no se las puede tomar por transparencias del fondo celeste, desgarrones en el manto de un fantasma de luna sin cuerpo.

Más bien, lo que sigue siendo incierto es si esa mayor evidencia y (digámoslo) esplendor deben al lento retroceso del cielo que cuanto más se aleja más se sume en la oscuridad, o si, en cambio, es la luna la que va adelantándose, recogiendo la luz antes dispersa en torno, privando de ella al cielo, concentrándola toda en la redonda boca de su embudo.

Y, sobre todo, estos cambios no deben hacer olvidar que entre tanto el satélite ha ido desplazándose en el cielo, avanzando hacia el poniente y hacia arriba. La luna es el más mudable

de los cuerpos del universo visible, y el más regular en sus complicadas costumbres: no falla nunca a las citas y puedes acechar su paso, pero si la dejas en un lugar la sorprendes siempre de otro, y si recuerdas su cara en cierta posición, resulta que ya la ha cambiado, poco o mucho. No obstante, si la sigues paso a paso, no te das cuenta de que imperceptiblemente te está rehuyendo. Sólo las nubes contribuyen a crear la ilusión de una carrera o una metamorfosis rápida, o mejor, dar una vistosa evidencia a aquello que de otro modo escaparía a la mirada.

Corre la nube, de gris se vuelve lechosa y brillante, detrás el cielo se ha puesto negro, es de noche, las estrellas se han encendido, la luna es un gran espejo deslumbrante que vuela. ¿Quién reconocería en ella a la de hace unas horas? Ahora es un lago de resplandor que difunde rayos de torno y un halo de fría plata se extiende sobre la oscuridad e inunda de luz blanca las calles de los noctámbulos.

No hay duda de que lo que ahora comienza es una espléndida noche de plenilunio de invierno. En ese momento, seguro de que la luna ya no lo necesita, el señor Palomar regresa a su casa.

El ojo y los planetas

El señor Palomar, enterado de que este año durante todo el mes de abril los tres planetas «exteriores» visibles a simple vista (aun para él, que es miope y astigmático) están «en oposición», por tanto visibles toda la noche juntos, se apresura a salir a la terraza.

El cielo está iluminado por la luna llena. Marte, a pesar de estar cerca del gran espejo lunar inundado de luz blanca, se adelanta imperioso con su fulgor obstinado, con su amarillo concentrado y denso, diferente de todos los otros amarillos del firmamento, hasta el punto de que uno termina por convenir en llamarlo rojo y, en los momentos inspirados, por verlo realmente rojo.

Bajando con la mirada, prosiguiendo hacia levante un arco imaginario que debería juntar Régulo con la Espiga (pero la Espiga casi no se ve), se encuentra, bien diferenciado, a Saturno con su luz blanca y un poco fría, y todavía más abajo aparece Júpiter en el momento de su máximo esplendor, de un amarillo vigoroso tirando al verde. Alrededor las estrellas son muy pálidas salvo Arturo, que brilla desafiante un poco más arriba, hacia oriente.

Para aprovechar mejor la triple oposición planetaria, es indispensable procurarse un telescopio. El señor Palomar, tal vez porque lleva el mismo nombre que un famoso observatorio, goza de algunas amistades entre los astrónomos, y le es permitido acercar la nariz al ocular de un telescopio de 15 cm, es decir, más bien pequeño para la investigación científica, pero que comparado con sus gafas, establece una diferencia considerable.

Por ejemplo, Marte visto con el telescopio resulta ser un planeta más desconcertante de lo que parece a simple vista, como si tuviera muchas cosas que comunicar de las cuales sólo se consiguen enfocar una pequeña parte, como en un discurso farfullado, entrecortado por la tos. Un halo escarlata asoma alrededor del borde; se puede tratar de fijarlo ajustando la lente, para hacer resaltar la costrita de hielo del polo inferior; hay manchas que afloran y desaparecen en la superficie como nubes o rasgones entre las nubes; se fija una con la forma y la posición de Australia, y el señor Palomar se convence de que cuanto más clara ve Australia, mejor enfocado está el objetivo, pero al mismo tiempo se da cuenta de que está perdiendo otras sombras de cosas que creía ver o que se sentía obligado a ver.

En una palabra, le parece que si Marte es el planeta acerca del cual desde Schiaparelli

- [click 1,000 Product Designs: Form, Function, and Technology from Around the World \(1000 Series\)](#)
- [read online Stranger Than We Can Imagine: An Alternative History of the 20th Century](#)
- [read One Hundred More Poems from the Chinese: Love and the Turning Year pdf](#)
- [download online The Infestation: An Apocalyptic Horror Novel](#)

- <http://test1.batsinbelfries.com/ebooks/The-Low-Light-Photography-Field-Guide.pdf>
- <http://test1.batsinbelfries.com/ebooks/Stranger-Than-We-Can-Imagine--An-Alternative-History-of-the-20th-Century.pdf>
- <http://www.gateaerospaceforum.com/?library/One-Hundred-More-Poems-from-the-Chinese--Love-and-the-Turning-Year.pdf>
- <http://redbuffalodesign.com/ebooks/Chiang-Kai-Shek--An-Unauthorized-Biography.pdf>